



## Mentalidad

# Este es el rey del ajo

Perfil por Ramón Pineda

Comprando ajo, vendiendo ajo, comiendo ajo, oliendo a ajo, bendiciendo el ajo, amando el ajo, Gerardo Zuluaga ahuyentó miserias y atrajo buena fortuna. Pero el poderoso ajo no logró alejarlo de la muerte súbita

**E**lla es la reina del cuadro. En medio del bosque se destaca su sonrisa plena, su sedoso vestido rosa y ese columpio florecido en el que se mece apacible. El rey está sentado en una piedra, ataviado con sencillez como para un día de campo. Su mano amorosa es el viento que la eleva a ella a las alturas. Los tres niños juegan entre el arroyo y los árboles. Es una familia feliz. Idílica. Parece que nada ni nadie puede opacar ese momento de gloria.

Esa estampa bucólica es un mural que ocupa una de las paredes interiores de esa casa que por muchos años fue el escenario de un cuento de hadas verdadero. Diana y Gerardo se conocieron en el kiosco central de la plaza de Santuario. Ella tenía 14 años y él 24. Ella estaba comiendo buñuelo caliente y él le pidió un mordisco. Ella no se negó y él comenzó a enamorarse. Un año después, él era su pareja en el vals de su fiesta de quinceañera. Y al año siguiente la estaba esperando en el altar para jurarle ante Dios que sólo la muerte podía separarlos.

Para ese entonces Gerardo aún no era el rey del ajo. Pero ya soñaba con serlo. Se había ido de su casa a los 10 años y como suele suceder con muchos santuarianos, su alma de comerciante lo llevó a vender papa en distintas ciudades de Colombia hasta que se asentó con su negocio en Barranquillita, que es la plaza de mercado de la Puerta de Oro de Colombia. El ajo llegó a su vida en esos días, cuando hizo un viaje a Ecuador y decidió importar ese bulbo aromatizante y medicinal que tiene una historia milenaria en culturas asiáticas y mediterráneas. Comenzó a traer pequeñas cantidades pero la demanda no daba abasto. Y supo que ahí estaba su fortuna. También probó traerlo de México y su negocio en Barranquilla prosperaba. La muerte de un hermano lo llevó a regresar a Santuario. Y fue allí cuando conoció a Diana.

La luna de miel fue en San Andrés. Al año nació Alex que ahora tiene 22 años. Luego llegaron, sin afanes, Efraín y María Fernanda. Seis años vivieron en Santuario y el que se convertiría, según los comerciantes de las plazas de mercado

**Les Luthiers: Es bueno dejar el trago, lo malo es no acordarse dónde**

mayorista más importantes de Colombia, en *El rey del ajo*, siguió vendiendo papa e importando ajo.

Gerardo era el quinto de una familia de once hijos que vivían con lo necesario. Nada que ver con lo que se fue convirtiendo su vida cuando decidió ya no traer el ajo de Ecuador y México, sino de China donde es menos oloroso pero más grande. Cuando decidió también que desde su local de La Mayorista en Medellín podía fabricar una pasta comestible de ajo y aceite de oliva. Y cuando, después de muchas lecturas y cálculos, decidió sacar al mercado *El Matas*, un fungicida de ajo, ciento por ciento natural, que ahuyenta las plagas en cultivos de flores y de frutas.

El ajo chino, la pasta, *El matas* y la importación de algunos granos y especias le permitieron darse una vida de rey. Miles de fotografías, que ahora Diana mira con nostalgia, dan cuenta de todos sus momentos felices recorriendo Francia, España, Italia, China, India, Disney World y muchas islas y puertos que conoció en cada uno de los once cruceros que alcanzó a realizar al lado de su esposa. Esas imágenes también dan cuenta de las fiestas suntuosas en las que su esposa se veía como una verdadera reina, y de cómo su religiosidad lo llevaba entre otras cosas a celebrar la navidad vestido de San José mientras su amada era María, y sus hijos pastores o reyes magos.

Su casa también habla de que los tiempos de pobreza sólo fueron en la niñez y en la adolescencia. Aunque está en una urbanización, el pequeño castillo que Gerardo y Diana construyeron para hacer realidad su cuento de hadas, rompe con su decoración y sus reformas la monotonía de esa unidad cerrada. “Es una casa muy sencilla pero hecha con mucho cariño”, dice Diana recordando que cada detalle que hay en ella tiene una huella de su historia de amor.

En la sala hay una fuente en cuyo pedestal hay dos enamorados. En el jardín hay otra más grande. El agua que cae constante es el sonido ambiente de ese hogar de dos pisos que en cada rincón habla de los muchos viajes de sus habitantes. Un comedor transparente, una mesa de sala cuyas patas son capullos de rosa metálicos, un bar con muchos licores, en especial whisky que era el preferido del rey y un cielo raso que es una imitación de las pinturas de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, son el decorado.

Esculturas, tallas, objetos, piedras preciosas de India, China, Brasil, Sri Lanka y de cuanto país recorrieron, refuerzan el estilo barroco de la decoración. Al lado de figuras de dioses asiáticos también hay imágenes cristianas. Y entre ellas se destaca un Cristo de madera que, en vez de estar crucificado, yace acostado en un tapete peruano. Fue el propio Gerardo quien decidió bajarlo de la cruz y acostarlo para que dejara de sufrir.

Todos los días se arrodillaba y se inclinaba para darle un beso a ese Cristo. Esa era una de sus ceremonias imprescindibles, al igual que decir *a la lucha* cuando ponía un pie fuera de la cama. Persignarse ante la virgen con *el ajo* de oro que Diana le regaló hace cuatro años en su cumpleaños, tomar ajo licuado con perejil en ayunas y guardarse uno de esos bulbos en el bolsillo para ir a trabajar, eran otros rituales que tampoco podían faltar en su rutina diaria.

“El ajo es mi vida”, le solía decir a Diana, en los primeros años de casados en los que ella se acostumbraba a su olor y comenzaba a cogerle gusto como condimento. “A donde quiera que fuéramos él tenía que saber qué se estaba haciendo con el ajo. En los cruceros él se metía a la cocina para saber cómo lo preparaban y darles consejos a los chefs”.

Pero curiosamente no fue en el ajo como alimento donde Gerardo encontró su fortuna. Leyendo y leyendo sobre las propiedades del ajo, convirtió en realidad la leyenda de que los manojos de ajos colgados en las puertas y ventanas alejaban a los vampiros y a los malos espíritus. Desde hace dos años venía trabajando en *El Ajiaco*, un fungicida sin químicos que pueda ahuyentar las plagas en todos los cultivos y con más poder que *El Matas*, el otro repelente que él creó y que comercializó en América Latina.

Cuando comenzó a experimentar juntando el ají con el ajo para crear ese fungicida, sus compañeros de negocio no creyeron que pudiera funcionar. Él estaba convencido de sus ventajas. Las pruebas en las plantaciones de plátano en Urabá fueron exitosas, pero él se murió faltando poco para que se expidiera la licencia de funcionamiento y ver el producto en el mercado.

Treinta años trabajó Gerardo Zuluaga con el ajo. El título de Rey comenzó a ostentarlo desde hace seis cuando empezaron a decirle así en La Mayorista. Allí llegaba calzando alguno de los 18 pares de auténticas botas texanas que su mujer le fue comprando en los viajes a Miami. Allí llegaba sonriendo y luciendo su dije de ajo y su anillo que en vez de piedras preciosas lucía unos pequeños bulbos en oro.

Como *El rey del ajo* lo saludaban. Como *El rey del ajo* le abrían paso. Como *El rey del ajo* le hacían corte. Como *El rey del ajo* le pedían consejos. Como *El rey del ajo* era generoso con sus familiares, con sus *súbditos* y con la Iglesia. Como todo rey tenía una reina en belleza y en corazón a su lado. Como rey le gustaba ir acompañado a sus reuniones por ella. Como rey le inculcó a su hijo mayor el amor por el negocio previendo que él podría sucederlo. Y también como rey fue velado y enterrado.

*El rey del ajo* murió en la mañana del pasado 16 de enero (2004). No tenía ninguna enfermedad, ni dolencia. Ni diabetes, ni colesterol, ni problemas cardíacos. Estaba convencido de que el ajo alejaba las enfermedades. Llevaba una

**...Eso era cuando puntual quería decir cumplido**

vida sana y hacía ejercicio diario. Ese día acababa de hacer spinning en el balcón de su alcoba nupcial cuando súbitamente lo sorprendió la muerte. El poderoso ajo no lo pudo salvar de una historia ya repetida y heredada en la familia: su mamá, unos tíos, unos sobrinos maternos y una hermana también fallecieron de muerte súbita. Un caso extraño en Antioquia que ha llevado a que el cardiólogo Mauricio Duque esté investigando esa familia para encontrar las causas e incluso las soluciones para esa extraña forma de morir. Incluso los hijos de Gerardo y Diana también se han sometido a pruebas para saber si heredaron el mal.

Diana estaba en el gimnasio cuando Gerardo murió. Por ser enero deberían haber estado en China por asuntos de negocios pero desistieron de ir porque ella estaba recién operada de la columna. Ahora, después de cuatro meses, agradece no haberse ido, se pone nerviosa de solo pensar que la tragedia hubiera podido ocurrir tan lejos.

Lo que sí le da nostalgia es que para mayo tenían planeado ir a Australia, una de las pocas regiones del mundo que no conocían. A los días de morirse Gerardo Zuluaga se rumoró que ella había ido hasta ese continente a tirar sus cenizas. Pero no, el cofre está en una iglesia de El Poblado, el último paso de una ceremonia fúnebre de la que todavía se habla.

El velorio fue en La Mayorista, en la capilla que él había ayudado a construir con su dinero. Ese 17 de enero, la enorme plaza de mercado se paralizó. Es que *El rey del ajo* era uno de los personajes más reconocidos y queridos allí, con él contaban para eventos, fiestas y posibles negocios. Famoso por su generosidad y sencillez, comerciantes y trabajadores se agolparon alrededor de su ataúd, que por decisión de Diana permaneció abierto.

Muchos de quienes se acercaban a llorarlo dejaban a su lado cartas y pequeños mensajes. Nadie los leyó pero se supone que le decían lo bueno que era y de paso le pedían que les diera una manito en la eternidad para tener su buena fortuna y su visión de negociante. En la salida de La Mayorista hacia el horno crematorio le hicieron calle de honor mientras un grupo de ancianas vestidas de negro se quejaban como si fueran plañideras contratadas para llorar al muerto. Eran las limosneras, a las que él todos los días les ponía una moneda en sus manos extendidas, que estaban muy tristes porque ya no iban a tener esa renta constante.

*El rey del ajo* tenía 49 años. El próximo 21 de agosto cumplía 50. Y hasta en eso, en ser del signo Leo, *el rey de la selva*, estaba signado para gobernar. Además de sentirla en Medellín, su muerte la sintieron en Bogotá, en Cúcuta, en Barranquilla, en regiones de Venezuela y hasta en China y Sri Lanka donde se sentía su influencia como importador de ajo, de granos como el frijol chino, la lenteja, el maíz pira y de especias como la canela, los clavos y el achiote.

“El amor que mi adorado esposo me brindó, me llena de fuerza para continuar el camino sin su presencia”, escribió Diana en una nota necrológica para el

periódico *El Santuariano*. El rey está muerto pero en su casa todo lo recuerda: el cristo acostado, las vírgenes en un pequeño altar, la bicicleta estática en la que dio sus últimos pedalazos, la biblioteca de pocos libros en los que se destacan muchos de Walter Riso, en los racimos de ajos colgados al lado del bar, pero en especial él está presente en ese mural de la familia en el bosque.

El pintor le quitó arrugas y más que como rey, se ve como un hombre enamorado que hace lo que sea para que su amada sea feliz. Pero ahora la reina está triste, no entiende por qué tenía que terminar así ese cuento de hadas en el que vivió desde los 14 años. No se ha derrumbado, porque siente que su *papi*, su *gordo* la sigue acompañando. Y ahora “no hay quien lo reemplace, dice, no hay otro *Rey del ajo*”.

**Mayo 2004**